

LOS BAJOS FONDOS DEL ESPÍRITU

ARGUMENTO Y DRAMATURGIA: CRISTIAN GENOVÉS

LOS BAJOS FONDOS DEL ESPÍRITU. PRÓLOGO.

Ni idea de por qué ese título, pero lo intuyo. Esta obra escrita de una forma totalmente desordenada, y con la indisciplina que luego me ha caracterizado, abarca los últimos coletazos de mis dieciséis años, donde me indignaba con planes de estudio, para reconfortarme en lecturas más atractivas e interesantes. Y, al igual que iba dando saltos y tumbos por páginas inconexas como lector, anotaba con letra firme y rápida en hojas sueltas, como escritor. Aprovechaba lapsus de tiempo, breves descansos en el trabajo, momentos “muertos”, para sacar adelante diálogos, que luego irían conformando una historia. Así que intuí que habría un protagonista sin nada que decir. Reflejo directo de mí mismo, que con frecuencia prefería no verbalizar nada, en favor de dejar constancia de mis opiniones por escrito. Algo que nunca he querido corregir del todo.

Así, en la papelería familiar, recuperaba papeles de fotocopias mal hechas, o restos de apuntes que los clientes olvidaban, y rellenaba sus huecos en blanco con ideas desordenadas y diálogos tensos. Un amigo de entonces leyó algunas frases, y decidió que parecía una obra de teatro. Le hice caso, y quise disfrutar probándome a escribir en un formato que me entusiasmaba leer. Pero no lo hice del todo, y para esta recopilación he sufrido ordenando y encajando las anotaciones, diálogos y páginas que sólo estaban manuscritas.

PERSONAJES:

JOVEN, un adolescente que se ha escapado de casa.

LUCAS, un viejo que vive en la estación abandonada.

PEDRO, un viejo pesimista y alcohólico.

ANTONIO, un maduro enfermo.

LIBERTAD, una joven picarona.

RAMÍREZ, un loco más cuerdo de lo que parece.

SANDRA, una joven artista casada con Carlos, que acaba de arruinarse.

CARLOS, un joven escritor casado con Sandra, que acaba de arruinarse.

JESSY, una prostituta pasota y melancólica.

ESPECTRO, el alma de un poeta frustrado.

ACTO UNO

Una estación de tren abandonada.

El joven está sentado en un banco, esperando a que ocurra algo, o quizás a que pase el tren. El viejo Lucas entra para observarle. Después de hacerlo durante un buen rato, saca las primeras conclusiones:

LUCAS: Imbécil. Sí... un imbécil. Eso es lo que eres. Un auténtico y grandísimo imbécil. Y no hay que pensar mucho para observar algo tan evidente. Lo que ocurre es que ya soy algo lento en ese arte menospreciado y poco practicado en estos tiempos... Pero a pesar de mi lento cerebro y mis reflejos enfermos, soy todavía capaz de deducir ciertas características básicas que saltan a la vista. Un imbécil, sí señor... ¡oye!, y de los buenos, de primera calidad, oiga. Hacía bastante tiempo que no me encontraba uno de estos. ¿Es que tu especie también se extingue sin remedio? ¿También os afectó la intolerancia a vosotros? Es increíble... Más que increíble, curioso. *(Breve pausa)* Poco hablador, ¿eh?, pocas cosas interesantes que decir. Bueno, eso está bien, que lo reconozcas, ese primer paso es el más importante. Te servirá para superarlo, aunque no tengas demasiadas esperanzas, porque la mayoría... ¡Oye!, a ver si además de imbécil eres idiota... Sería realmente catastrófico. Madre santísima *(santiguándose)*, esperemos no sea contagioso. Aunque bien pensado no lo pareces. No, no creo... ¡No!, definitivamente no, no eres idiota. ¿Será mudo? No lo creo. ¿Timidez? ¿Introversión? Antaño no podíamos ser introvertidos, no nos podíamos permitir ese lujo. Cómo han cambiado las cosas... Es que ahora tenéis de todo, pero no os conformáis con nada. Dirán que eso es egoísmo, pero no, eso es imbecilidad. Sí..., yo nunca me equivoco. Aunque cierto es que un imbécil no es completamente tonto. Y el que sea corto en palabras no significa que lo sea en inteligencia. Sí puede escasear bastante, al igual que su sentido común y su madurez, pero no es un vegetal, aunque aparente serlo. Por dentro hay algo que funciona, con dificultad, pero funciona. Y yo sé que ahora estás pensando algo, aunque probablemente sea el típico tema estúpido y banal. ¡Odio los temas banales! No me gustan estas convencionalidades, siempre lo mismo, la misma asquerosa rutina. Hay un tema corriente en el aire, y siempre trato de profundizar, sino es tan aburrido... Me pregunto qué estarás pensando. No me lo vas a decir, ¿verdad? ¡Ah, ya lo sé! Te estarás preguntando cómo he sabido que eres un imbécil. Oye, pues no está mal. Para ser un imbécil no haces malas preguntas... A decir verdad, es bastante buena. Bastante buena para ser un imbécil, claro. Pues mira, no me gusta responder a este tipo de cuestiones, pero me has caído bien. Te lo voy a decir:

La cara. Ese rostro típicamente estudiado delata muchas cosas. Una casi inexistente barba, estudiadamente mal cuidada, expresamente mal afeitada. Sin embargo, llevas las cejas depiladas y peinadas, ¿no resulta curioso? Y luego la textura..., ¿cuántos productos anti-acné habrás gastado para lograr ese cutis? No me gustan las caras limpias, me gustan las pieles curtidas, arrugadas por la experiencia. Esos oídos tan limpios, tan relucientes. Tus ojos llenos de vida y salud, tan solo ensombrecidos por los típicos vicios de fin de semana. El pelo..., bueno, el pelo es también el fruto evidente de un exceso de higiene y cuidados. Te despeinas con frecuencia casi por vergüenza. Las ropas..., en fin... La ropa es lo más visible y salta tanto a la vista lo escogidas que están, y-y su aspecto es tan, tan..., mira esas roturas de ahí, esa suciedad puesta a pincel. Y

los zapatos. Cuánta razón tenía aquel viejo lobo de mar, cartaginés, que cambió el arte de la espada por el de la pluma, como bien lo hizo nuestro amigo el Saavedra. Se sabe más mirando los zapatos de alguien, que mirando su jeta. Ya ves. Los aspectos más inverosímiles son con frecuencia los más sinceros.

Sale.

Entran Sandra y Carlos.

Sandra le está poniendo una pulserita a Carlos.

CARLOS: Que no, que no... Me niego a esto, es ridículo.

SANDRA: Carlos, por favor, colabora un poco.

CARLOS: ¿Pero esta gente no es tan liberal y tan...?

SANDRA: Sabes que el prejuicio es importante. También aquí.

CARLOS: Es que es ridículo, ni siquiera me queda bien.

SANDRA: Yo la había llevado antes, no es bonita, es simbólica simplemente. Además, te queda muy bien.

CARLOS: Pero si ni siquiera se ve.

SANDRA: Tampoco se ven tus calzoncillos y también te quedan muy bien.

CARLOS: No sabía que las pulseras eran algo tan íntimo.

Entra Lucas.

SANDRA: ¡Hola, tío Lucas!

LUCAS: Hola, cariño, venga un abrazo...

CARLOS: Hola.

LUCAS: *(Dándole efusivamente la mano)* ¿Cómo estás?

SANDRA: ¿Como va todo?

LUCAS: Por aquí como siempre... ¿Y vosotros?

CARLOS: Bueno...

SANDRA: Podría ir mejor...

LUCAS: Ya te dije que el cabrón de tu padre no te ayudaría...

SANDRA: Lucas, por favor, habíamos quedado en que no...

LUCAS: Un lapsus, un lapsus... Perdona, volvamos a empezar.

SANDRA: *(Aceptando la corrección)* Vale: Carlos, Lucas, Lucas, Carlos...

LUCAS: Ja, ja, ja... *(dándole una palmada en la espalda a Carlos)*

SANDRA: *(Percatándose del joven)* Oye, ¿y éste?

LUCAS: ¿Este? No te preocupes por él, es una especie de vegetal que ha salido aquí.

SANDRA: Hola.

El joven permanece en silencio.

LUCAS: ¿Lo ves? En realidad, me apetecía cuidar una planta, esto estaba un poco soso.

Entra Ramírez, sin dirigirse a nadie en concreto. Los demás le observan.

LUCAS: Ese es Ramírez. Cree que está loco. Y lo peor es que no sabe que lo está.

RAMÍREZ: ¿Por qué el zapatero hace tan buenos zapatos? Porque sabe hacerlos... Si no supiera hacerlos, no los haría. Si no los hiciera, no sería zapatero. Tengo que comprarme unos zapatos... aunque no sé si comprarme unos nuevos, o arreglar los que tengo. Pero no sé si lograrían sobrevivir... Claro está que yo sí he logrado sobrevivir, pero también Samuel consiguió hacerlo. ¿Qué fue lo que me dijo el otro día? ¿O no lo dijo él? Tal vez fue otra persona que me habló sobre él..., o que habló por él. Posiblemente hablara con palabras tuyas. ¿Por qué narices no vendría él mismo a decírmelo? Maldito cobarde. Da la cara, ¡venga! Ya te encontraré, seguro que te escondes. Seguro que mi zapatero te tiene escondido en su armario de zapatos. Por cierto, tengo que hacerme un armario de zapatos, llamaré a un carpintero con mi teléfono. ¿Pero qué digo? Si no tengo teléfono, ni carpintero... Bueno, es igual, llamaré a un estúpido abogado, que de esos sí se encuentran. O a un abogado estúpido, que para el caso es lo mismo.

Sale de escena.

LUCAS: En fin... no siempre es así. Otras veces se calla y se aísla en su propio destierro. Por cierto, *(a Carlos)* no te preocupes por él, porque tú para él ni siquiera existes.

Sale Lucas.

SANDRA: Sé que esto va a ser duro para ti, pero tendrás que acostumbrarte. ¿Lo harás?

CARLOS: Claro, no hay muchas opciones.

SANDRA: Hazlo por mí, por favor.

CARLOS: Te he dicho que lo voy a hacer. Al menos no creo que nos aburramos mucho.

Vuelve a entrar Lucas.

Mirando al muchacho sentado en el banco.

LUCAS: *(Al joven)* Te advierto que hace mucho tiempo que no pasa ningún tren por aquí. Así que me temo que estás perdiendo el tiempo.

SANDRA: ¿Qué pensáis hacer con él?

LUCAS: Nada. No hay nada que hacer. Cuando se canse..., que se vaya.

Bueno, ¿estáis instalados ya?

CARLOS: Aquí, al menos, es rápido instalarse.

SANDRA: No queremos que te preocupes por nada, no molestaremos demasiado.

LUCAS: En verdad nadie molesta aquí. Es el lugar el que le molesta a uno.

Bueno, paciencia, que es de lo que más os falta a los jóvenes. Voy a buscar algunas cosas y vuelvo enseguida.

Sale.

Entra Antonio. Lo hace con la tranquilidad de conocer el lugar, y de no tener que correr por nada.

Ni siquiera se extraña por la presencia de Sandra y Carlos. Se aproxima a éste.

ANTONIO: ¿Fuma?

CARLOS: No, gracias.

Antonio va sacando un cigarro.

ANTONIO: ¿No es vicioso?

CARLOS: Mi único vicio es leer.

ANTONIO: Dicen que seca el cerebro.

CARLOS: Es cierto..., pero es gratificante que la literatura te chamusque los sesos.

ANTONIO: Cree que es un buen vicio. *(Pausa)* Yo también creo que lo es. A veces.

CARLOS: Correcto.

ANTONIO: Yo me fumo tres paquetes al día, ¿y usted?

CARLOS: Yo sólo uno, pero negro.

ANTONIO: Claro, lo sospechaba.

CARLOS: Hay autores que merecen más la pena que cinco paquetes de rubio consecutivos.

Antonio lanza un largo suspiro, y se muestra comprensivo con Carlos.

Entra Pedro, con un periódico en la mano. Tampoco hace caso de Carlos y Sandra.

PEDRO: Mira, Lucas, oye... *(mira a todos lados)* ¿Dónde está Lucas?

¡Lucas!

LUCAS: *(Fuera de escena)* ¿Qué pasa?

PEDRO: *(Mostrando periódico)* Mira, mira lo que te traigo.

LUCAS: ¿Y no puede esperar?

PEDRO: A mí me da igual. Pero como siempre me lo pides... Aunque de un día a otro, no creo que cambie mucho la cosa. Ni de un año a otro.

Entra Lucas.

LUCAS: Coño, ya era hora que me trajeras uno.

PEDRO: También podrías traerlo tú.

LUCAS: También. Pero tiene menos gracia, Pedro.

ANTONIO: ¿Trae crucigramas?

PEDRO: *(A Lucas, gruñón)* Pues ya va siendo hora de que lo traigas tú.

ANTONIO: ¿Trae crucigramas?

PEDRO: Sí, joder. *(Arrancando la página y dándosela a Antonio)* Aquí tienes tu pasatiempos.

ANTONIO: Uy, bastante rápido pasa ya.

LUCAS: Bueno, ¿me lo dejas, o no?

PEDRO: Sí, hombre, sí. Impaciente. Toma, ¡lee!

ANTONIO: *(A lo suyo)* Hostia, y está casi vacío, perfecto.

LUCAS: Mira, mira..., ha palmado. Increíble.

ANTONIO: ¿Quién ha palmado?

CARLOS: *(Curioso)* ¿Quién?

Pedro parece percatarse de Carlos y Sandra, aunque no le da importancia.

LUCAS: Cristina de Rosas. En un accidente de tráfico, dice.

CARLOS: ¡Joder!

ANTONIO: ¡Bah!
SANDRA: *(Sorprendida)* ¿Qué dices?

Entra Jessy, que se incorpora a la conversación, sin dudar.

JESSY: ¿Quién era esa?
PEDRO: A ver... *(Acercándose a Lucas, para mirar el periódico)*
ANTONIO: ¿Y por qué va a ser increíble? A ver si ahora los ricos no pueden casarla...
LUCAS: ¿Qué?
CARLOS: *(A Sandra)* A esa la vimos actuar, ¿te acuerdas?
SANDRA: *(Aún sorprendida)* ¡Claro!
CARLOS: En el Teatro Olimpia.
SANDRA: Sí, sí, me acuerdo.
PEDRO: Pues sí estaba buena, la *jodía*. *(Mirando al cielo)* Espero encontrármela allí arriba.
JESSY: Cómo sois los tíos. ¿Sólo piensas en eso?
PEDRO: Sí, ¿qué pasa?
JESSY: Nada. Pero, si quieres, te consuelo yo.
PEDRO: ¿Gratis?
JESSY: Sí, hombre... si lo quieres gratis, ya sabes *(simulando hacer una paja)*
ANTONIO: *(A Lucas)* Y la mierda de comentario que has hecho...
LUCAS: ¿Qué te pasa a ti ahora?
ANTONIO: Que parece ahora que los ricos y famosos no pueden morirse.
LUCAS: Joder, Antonio, era sólo un comentario.
SANDRA: *(A Carlos)* Me acuerdo que te pusiste a aplaudir como un descosido.
CARLOS: Como todo el mundo.
SANDRA: Sí, pero tú lo alargaste bastante.
CARLOS: Te veo venir hace rato, Sandra. Y tus celos tontos me dan igual.
Y en el teatro es lo que se hace. Si gusta, se aplaude. *(A Jessy, con extraña confianza)* Eso parece que no lo entiende.
ANTONIO: Que nos sorprende ahora que un famoso casque.
LUCAS: ¡Madre mía! Y dale Perico al torno...
CARLOS: Es una tradición. En el teatro, se aplaude. Los actores saludan, y siempre insisten en el saludo porque...
ANTONIO: Bastante endiosados están ya, como para que encima...
CARLOS: ...esperan que el público aplauda.
ANTONIO: ...los hagamos más inalcanzables nosotros. Como si fueran dioses.
CARLOS: ¿Sabes la gozada que tiene que ser estar ahí arriba, escuchando los aplausos?
ANTONIO: Y ya sé que sólo ha sido un comentario. Pero ese comentario se hace porque existe en el subconsciente una idea...
CARLOS: Lo maravilloso que debe ser para el actor estar ahí, escuchando cómo te aclaman. *(Abre los brazos, imaginándose abrazando a un público)*
ANTONIO: ...generalizada de un distanciamiento innato del famoso, con la persona de a pie.
LUCAS: Joder, Antonio, qué pedante te pones. Y ni sabes qué has dicho.
CARLOS: *(Gozándolo en su fantasía, con los brazos abiertos)* Aaahhh...
ANTONIO: En serio, piénsalo. Es asqueroso.
SANDRA: Me parece una soberana tontería.

CARLOS: Lo será. Pero no puedes cambiar siglos de tradición.
SANDRA: Ni lo pretendo. Sólo doy mi opinión.
ANTONIO: Que se jodan. Mira ésta (*señalando el periódico*): muy inalcanzable y luego..., cascan, como todos. A tomar por culo. Ahí somos todos iguales. Y en unos días apestará como cualquier cadáver. Y a ti te sorprende, Lucas.
LUCAS: Madre mía, cómo te pones.

Entra de nuevo Ramírez. Habla consigo mismo.

RAMÍREZ: Y-y..., claro, a mí es que ese tipo de compromisos no me gustan, pero... E-ella insistía siempre en eso y yo-yo se lo decía. Lo del cumpleaños era, era..., sólo era una excusa para comprarle algo, pe-pero en absoluto era un compromiso, no. En vez de comprárselo en otras fechas pu-pues...se lo regalaba en su cumpleaños, porque es una fecha señalada. Pero si luego, cualquier otro día iba por la calle, y veía algo que sabía que le iba a gustar, pues se lo compraba, y punto. Yo-yo no le regalaba en su cumpleaños para ponerle en compromiso a ella, só-sólo era una excusa. Una puta excusa. No necesito un asqueroso cumpleaños, ni nada, para regalarle lo que me salga de...
LUCAS: Anda que éste está fino, también.

Ramírez vuelve a irse. Todos están estupefactos tras lo ocurrido.

JESSY: ¿Hacemos de comer?

A todos les parece buena idea, y salen, excepto el joven, Lucas y Pedro.

LUCAS: (*Al joven, que sigue sin inmutarse*) Bueno, éste es Pedro, un buen tipo. Pedro, aparte de todo, ¿cómo te va la vida?
PEDRO: ¿Mi vida? Mi vida sigue siendo una verdadera (*tose*) mierda. Como la tuya. ¿Crees que ha cambiado mucho desde el último día que nos vimos? Pues no. Sigo durmiendo en la puta calle, sigo pasando frío y hambre, sigo llevando la misma ropa y reci... (*tose*) ...biendo los mismos palos. Pero, por lo demás, está bien.
LUCAS: Te veo optimista, Pedro.
PEDRO: (*Tose varias veces*) Si fuera pesimista, te diría que han matado a mi perro, me han echado del centro, vuelvo a beber, y mi ex-mujer no me deja ir al entierro de mi hijo.
LUCAS: Joder, Pedro, y creía que yo tenía problemas. Lo siento.
PEDRO: Si ya me da igual. Como bebo, todo me da igual. Y es mejor así. La última vez que fui a un entierro, me echaron porque me puse a mear en una tumba. Que digo yo que qué más da, si al muerto no le molesta.

Entra de nuevo Antonio.

ANTONIO: Nada, que me echan. Me largan de todas las cocinas, compadres. Hasta cuando la cocina es un fuego a tierra con una sartén oxidada. Ahí están removiendo los pocos garbanzos que hay. Pero prefiero que hoy coman antes los invitados.
LUCAS: Pues muy bien.

ANTONIO: Y quería decir, ya que estamos entre caballeros, que se empeñaron mucho el otro día en que fuera a recoger los resultados de las pruebas. Y que es mi deseo compartir esos resultados con vuestras mercedes.

LUCAS: Vaya, ¿y qué te han dicho?

ANTONIO: Que lo tengo muy extendido, Lucas. Dos meses me dan.

LUCAS: *(Muy sorprendido)* Pero, ¿qué coño?

ANTONIO: Os lo suelto tal y como me soltó el médico. No se fue por las ramas. Le dije “dele caña, doctor”. Y el tipo me soltó eso, sin pestañear.

LUCAS: Joder, qué falta de tacto.

ANTONIO: Qué hostias, si se lo había pedido yo... “Pa chulo, mi pirulo”

Pedro se pone a reír, atragantándose con su propia tos.

PEDRO: Ja, ja, ja... Y..., y yo que creía que tenía problemas, jajajaja...

LUCAS: Te soltó eso, ¿y ya está? ¿No te dijo otras opciones? ¿Nada? Algo se podrá hacer, coño.

ANTONIO: Nada. Bueno, me preguntó si tenía familia, si tenía un sitio dónde quedarme, que me podía arreglar papeles, que tenía derecho a... bla, bla, bla... La verdad es que dejé de escuchar. Me quedé allí, con cara de gilipollas, pensando en si darle una hostia para desahogarme, o irme llorando a casa. Y entonces me acordé que no tenía casa. Y me fui a por un cartón de vino.

PEDRO: Yo intentaría pasarme los dos meses follando.

ANTONIO: Claro que sí, Pedro. Cómo no.

JESSY: *(Desde fuera)* ¡Venid a comer!

Salen todos, excepto el joven.

Al poco, entra Libertad.

LIBERTAD: Uy, ¡hola! ¿Quién eres tú?

El joven no hace mucho caso.

LIBERTAD: Anda, me ha tocado un tímido, qué mono. Eres de los que no tiene nada que decir, ¿eh?

Él sigue a lo suyo.

LIBERTAD: Qué bonito, míralo. Ahí, tan callado. Oye, ¿siguen por aquí el Pedro, el Lucas y el Antonio? *(Pausa)* Y si lo sabes, qué más da, ¿verdad hijo? Tú a lo tuyo. Si ya he conocido antes a chicos como tú, ¿sabes? “El mundo no me entiende”, “soy demasiado sensible para este mundo terrible y cruel”, y todo eso. En fin.

Bueno, pues yo me llamo Libertad. Como soy muy pequeñita... Eso, y que a mi padre, que era un señor muy progre y muy lector, le encantaba Mafalda.

JESSY: *(Entrando)* ¿He oído Libertad?

LIBERTAD: ¡Ay, mi niña! ¿Qué haces por aquí?

JESSY: Pues ya ves. Que me he tenido que largar otra vez.

LIBERTAD: Oh, corazón, si es que no podemos con hombres así, cielo.

JESSY: ¿Y quién los necesita?

LIBERTAD: Pero no estás sola, ¿no?

JESSY: Esto está más concurrido que nunca. Tenemos hasta nuevos fichajes
(señalando al joven)

LIBERTAD: Ya veo, ya. Nos estábamos presentando. Pero no lo veo yo muy
despierto al muchacho, pobre.

JESSY: A éste no le he oído yo hablar todavía.

Se le quedan mirando, algo maternas.

Entran Pedro y Antonio, que traen una conversación:

ANTONIO: ...Y lo que te digo, Pedro: el mundo está lleno de gilipollas. De no ser
así, no habría drogas, religiones, tele basura, comida americana, toros, fútbol,
entrada libre en los cines, machismo, fanzines, reality shows, arte abstracto,
revistas de cotilleos...

LIBERTAD: ¿Arreglando el mundo, señores?

PEDRO: Hombreeee, mira quién está aquí.

LIBERTAD: Hombre, no, perdone usted. Mujer, a mucha honra.

PEDRO: ¡Claro que sí!

ANTONIO: Es que como aún no te han salido tetas.

Jessy desaprueba el comentario.

LIBERTAD: Tranquila, mujer. Si Antonio es uno de los pocos hombres legales que
conocemos. (Abraza a Antonio y Pedro)

PEDRO: ¡Qué alegría, niña!

LIBERTAD: (A Antonio) ¿Y a ti no te da alegría?

ANTONIO: ¿A mí? Me da un poco igual. Quiero decir..., que como la voy a cascar
en breve, no le echo cuentas. Aunque me gusta verte antes de estirar la pata.

LIBERTAD: ¿Qué dices?

PEDRO: Es que es único para joder momentos, el pobre.

LIBERTAD: Pero, ¿es cierto?

ANTONIO: Eso dice el médico.

JESSY: Ay, Antonio...qué vida.

Breve pausa.

LIBERTAD: Pues voy a pillar vino por ahí. No te queda otra que apurar los tragos.

Antonio y Pedro se miran. Y el joven mira a todos.

LIBERTAD: Que, por cierto, me he topado con un perro rondando por aquí antes,
viniendo. ¿Es de la casa? ¿No lo estaréis buscando? Si lo veo, me lo traigo, si
queréis.

LUCAS: (Entrando) ¿Un perro? Tráetelo. Así tenemos la familia completa, con
niño y perro.

LIBERTAD: ¡Mira el viejo Lucas!

LUCAS: La de vueltas que da esto, ¿eh, niña?

LIBERTAD: Calla, calla...

Se quedan mirando, con confianza.

LIBERTAD: Bueno, pues voy a intentar pillar vino. ¿Echáis algo en falta?
ANTONIO: Salud.
LIBERTAD: Lo dicho: voy a por el vino.
Uy, mira, mira, otra vez el perro. Mirad allí.
PEDRO: Ah, es cierto. Pobrecillo.
ANTONIO: Dejadlo, cojones. Dejad al animal tranquilo.
LIBERTAD: Pero, si aún no le hemos hecho nada.
LUCAS: ¡Chucho, ven!
ANTONIO: Déjalo Lucas, déjalo de una vez. No ves que luego no se separa ni a tiros...
LUCAS: Hombre, Antonio, qué más te da, si la vas a cascar en unos días.
ANTONIO: Venga, Lucas...
LUCAS: Ahí lo llevas.
ANTONIO: Si sabéis que es verdad, coño. Luego le pasa algo, y lo pasamos todos muy mal.
LUCAS: ¿Y por eso no vas a ayudar al animal? El colmo.
ANTONIO: Qué ganas de tocarme los cojones. *(Sale)*

Entran Sandra y Carlos.

LIBERTAD: Uy, pues sí que está concurrido esto.
JESSY: Ya te digo. Todos aquí, recogidos.
LIBERTAD: Y qué poca calle llevan estos dos a cuestras.
JESSY: ¿Poca?
LUCAS: Ninguna.
Sandra y Carlos. Mi sobrina y su marido.
LIBERTAD: No me digas.
JESSY: Anda, eso no lo sabía, viejo.
LUCAS: Pues ya ves.
SANDRA: Hola.
CARLOS: Hola, encantado.

Entra Ramírez, por el lado contrario.

LIBERTAD: Coño, qué susto me ha dado éste. ¿Se puede saber quién es? Esto parece los grandes almacenes donde iba a apañarme de cosas.
LUCAS: Ramírez.
PEDRO: Oye, Ramírez, ¿por qué te llaman Ramírez?
RAMÍREZ: ¿Qué clase de pregunta es esa?
PEDRO: Pues una muy clara. ¿No tienes nombre de pila?
RAMÍREZ: Me llamo Ramírez, porque todo el mundo me ha llamado así siempre, no sé. En el trabajo me llaman Ramírez, en los seguros me llaman Ramírez, en la tienda, en el barrio... Hasta mi mujer, cuando se enfada, me llama Ramírez.
Ramírez, coño. Ramírez.
PEDRO: Ramírez...
LIBERTAD: *(Muy curiosa)* Pero, ¿cuál es tu nombre? Alguno tendrás.
RAMÍREZ: *(Lo piensa un instante)* Ya no me acuerdo.
JESSY: Y tú, ¿por qué te llamas Libertad?
LIBERTAD: Bueno, mi padre me solía leer las tiras de Mafalda y...

CARLOS: ¡Ah, sí! Hay un personaje que se llama igual.
LIBERTAD: Sí, sale una así, pequeñita, como yo.
SANDRA: Así, pequeñita...
LIBERTAD: Sí, como yo, como la libertad.
SANDRA: *(A Jessy)* ¿Y tú?
JESSY: ¿Qué?
SANDRA: ¿Cómo te llamas tú?
JESSY: Jessy, ya lo sabes.
SANDRA: Pero, ¿ese es tu nombre de verdad?
PEDRO: Ese es su nombre artístico *(ríe)*
SANDRA: ¿Cuál es tu verdadero nombre?
JESSY: Yolanda, me llamo Yolanda.
SANDRA: Ah, me gusta Yolanda.
CARLOS: Tú tienes una prima que se llama Yolanda.
PEDRO: Vaya, así que Yolanda. *(Se pone a toser)*
SANDRA: Vaya tos tienes tú también, Pedro. Debes cuidarte.
PEDRO: Esto con dos tragos se me quita.
LIBERTAD: Antes le funcionaba siempre. Se pegaba dos tragos, y adiós tos.
PEDRO: Y ahora.
LIBERTAD: Pues nada, que yo hace media hora iba a por vino, y estamos aquí de cháchara.
PEDRO: Ay, tierra de buenas mujeres, buen sol, y buen vino.
LIBERTAD: Muy bien. Y esta buena mujer se va a por el buen vino, antes de que caiga el buen sol.

Sale.

ACTO DOS

El joven sigue sentado en el banco.

Lucas está discutiendo con Carlos. Jessy es testigo de lo que hablan. Y Pedro y Sandra tampoco son ajenos.

Entra Libertad, con una bolsa del supermercado, y trata de no interrumpir.

LUCAS: Es que no lo entiendo, de verdad. ¿Por qué esa obsesión con dios?

Además, la mayoría de escritores caéis en esa pamplina. Me parece absurdo.

CARLOS: Bueno, para mí está muy claro. Todas las cosas tienen un creador. Nada sale por generación espontánea. Cualquier cosa debe ser creada. Es lógico, ¿no?

LUCAS: Y, ¿lo malo? ¿Lo... negativo? ¿La injusticia, la intolerancia, el racismo, las enfermedades, el fútbol, la política, el McDonalds, los bocadillos de anchoas? ¿Qué me dices de toda esta mierda? ¿También lo crea tu dios? ¿Eso hace tu dios creador?

JESSY: Pásame papel higiénico, niña (*a Libertad*), que me voy a crear.

Libertad saca de la bolsa un paquete de rollos de papel higiénico. Jessy lo coge, pero no se marcha, curiosa de cómo acontece la conversación.

LUCAS: Y cuando acabes, me lo pasas, que esto es para cagarse.

Carlos se frustra.

PEDRO: (*Riendo*) Menuda cagada hicieron, creando un dios así.

Entra Antonio.

ANTONIO: Vaya lujo, hostia. Limpiarse el culo con papel. En mis tiempos pillábamos cualquier piedra del suelo, y hala.

PEDRO: Es que dios creó también el papel del culo.

JESSY: (*A Sandra*) Y tú, ¿no hablas, o qué?

SANDRA: No tengo nada que decir.

JESSY: ¿No tienes nada que decir, o no te deja decir nada?

SANDRA: ¿Quién?

JESSY: (*Señalando a Carlos*) Él.

SANDRA: ¿Y quién es él para prohibirme nada?

JESSY: Tu marido.

SANDRA: Un marido es, básicamente, una máquina de procrear.

Todos alborotan, sin demasiada convicción.

CARLOS: Vale, hoy la tomáis conmigo. Sandra, te estás pasando.

ANTONIO: Estas parejas modernas...

JESSY: Sí, si ni siquiera son útiles para el placer. (*Buscando cierta complicidad con Sandra*)

¿Tú qué opinas, chico? (*Al joven*)

El joven parece despertar, y mira a Jessy, tímido, mientras todos le miran como

sorprendidos de redescubrirle en su sitio habitual.

JOVEN: Pffff...

Pausa. Pasan los segundos, y no llega una respuesta interesante.

SANDRA: *(A Jessy)* Quizás tengas razón.

JESSY: Mira, yo me gano la vida con estos seres inmaduros, y ninguno ha logrado hacerme feliz en la cama.

LUCAS: ¿Y es que la felicidad es sólo placer?

ANTONIO: Hombre, Lucas, a tus años... El placer da la felicidad.

JESSY: Para mí, la felicidad es placer.

PEDRO: Pásame el vino.

ANTONIO: ¿Ves? Pedro es feliz con el vino, porque le da placer.

PEDRO: Soy feliz con el vino, porque el vino no me toca los cojones.

ANTONIO: Pues una vez leí algo de una vieja que se daba placer con el vino.

PEDRO: Sería con una botella, hostia, no con una mierda de cartón.

Libertad se incorpora de nuevo al grupo.

LIBERTAD: ¿De qué estáis hablando?

LUCAS: De placeres, de viejas, y de vinos.

SANDRA: *(A Jessy)* Y, perdona que te lo pregunte, pero...

JESSY: Que desde cuándo soy puta.

SANDRA: ¿Qué?

JESSY: Ibas a preguntarme eso.

SANDRA: Bueno..., no de ese modo.

JESSY: Si no me ofende. Cada una es lo que es.

SANDRA: Ya..., no, no quería...

JESSY: Llevo desde los dieciséis. Casi catorce años en esto.

SANDRA: Madre mía. Muchísimo tiempo. Eras una cría.

JESSY: Sí, una cría. Una cría. Pero no de cuerpo. Ese fue el problema. Tenía ya estas tetas, niña.

CARLOS: *(Inoportuno)* Me lo imagino.

JESSY: No tuve mucha elección, la verdad.

SANDRA: No quiero ser impertinente, pero...

CARLOS: *(Interrumpiendo)* Pues no lo seas.

SANDRA: *(Ignorándolo)* ...siempre he creído que el que se droga, o prostituye, lo hace porque quiere.

PEDRO: Con dos cojones.

LUCAS: ¡Venga, Sandra!

CARLOS: Ya estamos, joder.

Jessy aguanta la ofensa, muy digna.

SANDRA: Yo te respeto, de verdad, Jessy, y no es un ataque personal.

PEDRO: Pues menos mal.

SANDRA: Pero te lo digo porque te he cogido aprecio. Sé que la vida te puede dar palos enormes, y uno se resigna y no sabe cómo salir del hoyo, y, y..., bueno, hace cosas que nunca pensaba hacer...

CARLOS: Como dejar un buen trabajo.

SANDRA: En fin, no sé... Pero, a pesar de todo, creo sinceramente que alguien que está en sus cabales y, y... no tiene una deficiencia o..., qué sé yo, alguien que puede valerse por sí misma, hace esas cosas por elección propia.

JESSY: Pues que nunca te veas en la tesitura de tener que chupar tres pollas diarias para sobrevivir, bonita. Te lo deseo de verdad.

SANDRA: Pero cada uno debe reunir el valor suficiente para mandarlo todo a la mierda y-y... (*busca las palabras*) Es que más bajo no se puede ya caer. Entonces, no tienes nada que perder.

JESSY: Entonces, yo no puedo caer más bajo, por lo que dices. Pero tú no andas muy lejos, guapa. ¿O has elegido venirte a esta estación de mierda porque haces turismo? Te garantizo que estás a un paso de dejar que te empotren otros que no son tu hombre, sólo por echar a la barriga unos garbanzos pasados. Y no te digo nada de lo que es una madre capaz de hacer, cuando su niño no para de llorar de hambre.

A Sandra se le saltan las lágrimas, y cae en el error que ha cometido. Se acerca a Jessy, y le acaricia la mejilla.

SANDRA: Perdona. No sé lo que digo.

JESSY: No pasa nada. Ya he visto antes muchas veces cómo se tenían que meter la lengua en el culo. Pero no me extraña que hables poco, chiquilla. Para una vez que has hablado, ha subido el pan.

Ramírez interrumpe, totalmente a lo suyo.

RAMÍREZ: Por-porque al fin y al cabo, qué nos importa a todos esta puta mierda, si si luego cada uno va lo suyo. Si todos nos preocupamos más por nuestro ombligo, y lu-luego..., bah, luego no hemos escuchado siquiera al prójimo. Si escucháramos más, si de verdad prestáramos atención, evitaríamos muchos males y mucho dolor. Pero claro, a quién le importa, ¿no? (*Mirándoles, desafiante*) ¿A quién?

Todos se marchan, incómodos, cada uno por su lado. Se quedan Libertad y el joven. Ramírez mira alrededor, frustrado. Luego, les dedica una mirada dulce y cómplice a los jóvenes. Se marcha.

Libertad busca al joven, coqueta.

LIBERTAD: Hola.

El joven permanece en silencio, pero le mira con timidez.

LIBERTAD: ¿Cómo te llamas?

Pausa y silencio.

LIBERTAD: No eres muy hablador, es evidente.

Breve pausa. El joven, a lo suyo.

LIBERTAD: Eres muy tímido. Y eso no es bueno, debes abrirte al mundo.
¿De qué te escondes?

Pausa.

LIBERTAD: Creo que eres un poco injusto. Todos tenemos problemas, ¿sabes? No me parece bien que intentes destacar así, ¿sabes? Porque lo tuyo es un intento de llamar la atención. A veces, no haciendo ni diciendo nada, dices mucho. Pero esta manera no te ayudará. Me parece de tontos. Quizás es porque soy mayor que tú, y aún no te das cuenta de eso. Pero, podrías decir algo, hombre. ¿No te han explicado que no responder a la gente es de mala educación?

Pausa. El joven, en silencio, mirando como un pasmado.

LIBERTAD: Es broma.
Es que...quiero hablar contigo, pero no sé de qué. A mí me gusta mucho hablar, ¿sabes?
(Breve pausa) ¿Te has dado cuenta? Es la primera vez que estamos a solas.
No lo digo por nada, sólo es un comentario.

Sin embargo, se pone más coqueta, y se acerca totalmente al joven.

LIBERTAD: ¿Has estado alguna vez con una chica?

El joven se sorprende ante la pregunta, y retrocede unos centímetros. Ella se sienta junto a él. Le acerca su índice para rozarle la nariz, y el joven estira el cuello hacia atrás.

LIBERTAD: O con un chico.

Libertad aproxima su cara a la del joven, y respira muy cerca. Él está inmóvil, casi aterrado.

LIBERTAD: No tengas miedo, chico.

Ella le coge la mano y la coloca sobre su pecho.

LIBERTAD: Tranquilo, que no pasa nada. *(Acerca sus labios a los del muchacho, sutilmente, y le besa suavemente, cerrando los ojos)*

Se quedan así, en silencio y estáticos. Ella abre los ojos, y siente cierto arrepentimiento.

LIBERTAD: No..., no quería ofenderte. Ni aprovecharme de ti. Lo siento.

Sale con ligereza.

El joven sigue en la misma posición, como congelado en el beso.

Al poco, Lucas entra con un plato de comida, y se la acerca al joven.

LUCAS: Anda, ten, que ya deberías comer algo.

El joven reacciona muy lentamente.

LUCAS: A ver si esto te espabila un poco, aunque no espero milagros.

Entra Carlos, con otro plato de comida.

CARLOS: Toma chaval, que no has comido nada en todo el día.
(*Dándose cuenta que ya tiene un plato*) Ah, vaya, que se me han adelantado.

Lucas mira con cierta ternura a Carlos.

LUCAS: Eres buena persona, Carlos. Un poco capullo, pero buena gente.
CARLOS: Eh, oh, vaya... ¿gracias?
LUCAS: ¿Qué te ha pasado? Quiero saberlo.
CARLOS: Bueno, pues... perdí el empleo, ya sabes. Y están los tiempos difíciles.
LUCAS: ¿Te echaron?
CARLOS: Teóricamente, no. Me fui. Voluntariamente.
LUCAS: Voluntariamente...
CARLOS: Sí, ya sabes...
LUCAS: Pues no, no sé. Pero me lo imagino.
CARLOS: Me hicieron la puta vida imposible.
LUCAS: Pero tú eras de los buenos, tenías prestigio.
CARLOS: Eso dicen.
LUCAS: Y si lo dicen, por algo será. Te leían, vendías, tus artículos son buenos.
CARLOS: Pero creían que era muy opuesto al lector. “Contrario”, llegaron a decir.
LUCAS: Y eso incomoda.
CARLOS: Decían que mis ideas no gustaban, que incomodan, sí, justamente eso.
Que necesitaban a alguien con el que se... identificaran más, más acorde a los tiempos.
LUCAS: Bueno, ellos se jugaban la pasta.
CARLOS: Ya, pero esa libertad de expresión que tanto predicán... Si desaparece...
LUCAS: Desaparece el empleo.
CARLOS: Eso parece.
LUCAS: Me caes bien. Y me gusta lo que escribías, y cómo exponías los temas.
Posees virtudes que se me antojan muy... clásicas, bueno, muy barrocas. Serías un gran escritor de la picaresca.
CARLOS: Me halaga, y creo que das en el clavo. Siempre he querido hablar de valores que se han perdido.
LUCAS: Es difícil mantener ciertos valores en estos tiempos, muchacho.

Carlos suspira.

LUCAS: ¿Y cuál fue la gota que colmó el vaso?
CARLOS: Un artículo llamado “La desgracia de ser hombre, y blanco.”
LUCAS: ¡Toma! Un título sugerente. Cuenta, cuenta...
CARLOS: Es un poco largo.

LUCAS: Soy un hombre paciente.

Breve pausa.

CARLOS: Habla, básicamente, de lo bajo que somos... Que somos los hombres blancos, según una escala muy particular, claro. Y lo expongo de una manera incómoda. En primer lugar, la desgracia de ser humano. Tenemos un universo inabarcable, donde la tierra es apenas una mota de polvo. Pero donde todo es perfecto. Donde la naturaleza está programada de una manera precisa, y donde el ser humano es un elemento distorsionante. Y es que, después de todo, quizás el dios creador no es tan perfecto. Lo sé. Pero he tratado el asunto de un modo más... empírico. Y es obvio que el ser humano es una desgracia para este pobre planeta. Parece paradójico, incluso contradictorio, pero es así. Toda esa perfección, ese buen funcionamiento de las cosas, de los elementos, esa adaptación de las especies, se va a la mierda por nuestra culpa. De verdad pienso que quien lo niegue es gilipollas.

Pero, dentro del ser humano, hablando de forma estricta, no todos somos iguales. Primero distingo los sexos, en ese artículo. Y me parece que la mujer es infinitamente superior al hombre. El simple hecho de poder parir ya la distingue. Ha sido dotada de una fuerza, de un aguante físico, que el hombre no puede ni soñar. Evidentemente no hablo de levantar pesas, ni de dar hostias. Hablo de fuerza y aguante real. Y es más perseverante y eficaz. Superior a todas luces. Ha sufrido indiscriminación y constantes humillaciones toda su vida, durante milenios. Y ha sabido reponerse siempre. Y ha conseguido, a pesar de ese mal trato, puestos privilegiados. Antes lo comentaban las chicas, y creo que no van desencaminadas: pronto tendrán tanto semen nuestro congelado, que no haremos falta absolutamente para nada. Y está claro que tienden más al éxito. En el momento oportuno, tienen menos escrúpulos que nosotros, y resultan muy tenaces.

Aunque si nos centramos en los hombres, tampoco somos iguales. En el artículo hice una distinción de razas, y salimos como el culo. Es feo generalizar, pero iguales, mis cojones. Qué empeño más tonto tienen de defender algo tan absurdo. Aquí los pringados somos nosotros. Los negros, por ejemplo, nos machacan físicamente. Ves a un negro sano y, joder, hay una diferencia abismal, generalmente. Y en pruebas atléticas lo nuestro es de risa, comparado con ellos. Y desde luego, no me parecen menos inteligentes. Por otro lado, veo a los orientales con un poder de control mental que alguien como nosotros es muy raro que alcance. Sus culturas le han llevado a un punto de complejidad espiritual y emocional interesantísimo. Para ellos, además, no es nada difícil entender nuestras culturas, nuestras maneras de pensar, normalmente simples. Pero al revés, ni nos acercamos. Y los mal llamado indios, por ejemplo. Nadie ha estado nunca tan cerca de la madre tierra.

Y claro, este tipo de opiniones, entre lectores burgueses blancos...

LUCAS: Joder, pues no sé por qué se ofendían tanto.

CARLOS: Eso digo yo.

LUCAS: Bromeaba, claro.

Pues nada, ahora a disfrutar el destierro. Te toca ser consecuente.

CARLOS: No me queda otra.

LUCAS: Nunca espero mucho de escritores que salen en revistas recomendadas.

Sabía que Sandra tenía buen gusto para casi todo. Pero es triste pasar hambre

por estas cosas. Aunque siempre tendrás tus lectores, y es probable que hasta sean inteligentes y fieles.

CARLOS: Con que sean fieles... Ahora me conformaría.

LUCAS: Esto es sólo un tropiezo. Quizás somos demasiados opinando, pero en tu negocio no está mal esa idea.

CARLOS: Bueno, me duele más por Sandra que por mí.

LUCAS: Estáis juntos en esto. Ella tampoco eligió nunca el camino fácil. Si hay algo que admiro de ella es lo fiel a sí misma que ha sido siempre.

Entra Sandra, con un plato en la mano.

SANDRA: Vaya, éste ya ha comido. *(Deja el plato aparte)*

Os habéis callado. ¿Hablabais de mí, o qué?

LUCAS: Pues sí, mira por dónde.

SANDRA: ¿Bien, o mal?

CARLOS: ¿Tú qué crees?

SANDRA: Viniendo de vosotros... no sé.

LUCAS: Carlos me hablaba de tu admiración por ti.

SANDRA: Anda ya.

LUCAS: Es cierto, niña. Tienes a este hombre loco por ti. Y cree que no es digno.

SANDRA: Es que no lo es.

LUCAS: Estáis hechos el uno para el otro, me temo.

SANDRA: *(Mirando con cariño a Carlos)* Si es que nos hemos empeñado en ser idealistas en malos tiempos.

CARLOS: ¿Y cuándo han sido buenos tiempos para ser idealistas?

LUCAS: Eso mismo.

SANDRA: Sí, tenéis razón. Pero nosotros es que... somos un poquito testarudos.

CARLOS: Si después de todo esto no me dejas...

SANDRA: Mucho tienes que cagarla cariño.

Pero, miradme a mí. Tantos años empeñada en ser... artista. Terrible. Qué época tan desagradecida nos ha tocado vivir para eso.

CARLOS: Y qué lugares tan desagradecidos nos hemos empeñado en habitar para serlo.

SANDRA: ¡Desde luego! Maltratados toda la puta vida, y sin saber hacer otra cosa. Siempre me he empeñado en contar historias a través del Arte. Siempre he querido vivir de mis pinturas, de mis esculturas, de mis grabados, de mis fotografías... Y ahora parece que si no haces una performance desnuda en una sala bien apoyada por marcas, no vales nada.

CARLOS: Y tú te empeñas en no hacerlo.

SANDRA: Si tú me has visto hacer de todo, Carlos.

CARLOS: Lo sé.

SANDRA: Y no hay manera. Y sé que no soy mediocre. *(A Lucas)* Me costó mucha terapia, mucho tiempo y mucho dinero convencerme de eso, tío Lucas.

LUCAS: Lo lamento, niña. Te habría ahorrado bastante de eso. Al menos, el dinero.

SANDRA: Ya da igual. No nos queda un duro.

LUCAS: Pero os repondréis.

SANDRA: Sé que lo haremos. Y desde luego, no pienso desistir. No pienso nunca dejar de intentar expresarme a través de lo mejor que sé hacer. No me verán

estudiando unas oposiciones, ni otro máster, ni ningún curso de mierda, ni más idiomas, ni más carreras. Es ridículo. Sólo quiero que me dejen en paz, y poder esculpir, pintar y fotografiar lo que me dé la gana. Y si un día me pongo en pelotas en una sala, rebozada en mierda, con música impertinente de fondo, será porque quiero hacerlo.

CARLOS: ¿Podrías rebozarte en otra cosa que no sea mierda?

Los tres ríen.

ACTO TRES

Está atardeciendo. El joven, en su sitio habitual, recostado en un lado, medio adormecido.

Antonio y Pedro están sentados, junto a un fuego en el suelo.

ANTONIO: Oye, Pedro.

PEDRO: ¿Qué?

ANTONIO: He estado pensando, ¿sabes?

PEDRO: Ya vuelves a los malos vicios.

ANTONIO: No, en serio. Tú..., ¿tú qué harás cuando pase el tren? Quiero decir, ¿Có-cómo quieres morir? Si no te ofende que lo pregunte.

PEDRO: A mí ya no me ofende nada.

ANTONIO: Pues eso. Tú tampoco lo tienes mucho mejor que yo.

PEDRO: Yo no tengo un cáncer de dos pares.

ANTONIO: Que tú sepas. Pero, mayor vida, mayor sufrimiento. Estoy harto ya de tanta mierda, Pedro. No puedo más. Me siento engañado. Me siento estafado, ¿sabes? Esto se termina para mí. ¿Y tú piensas que vas a estar aquí mejor, sin mí? Las cosas no van a cambiar, amigo. Tú lo sabes tan bien como yo. Estoy ya muy cansado. Y tú, ¿qué vas a hacer?

PEDRO: Yo tampoco tengo prisa.

ANTONIO: Tengo miedo, tío. No quiero subir al tren solo.

Pedro resopla.

ANTONIO: ¿Cómo será, Pedro?

PEDRO: ¿El qué?

ANTONIO: El tren.

PEDRO: Pues no tengo ni idea. Pero supongo que será como tú quieras que sea. Será distinto para cada uno. Nuestros recuerdos son diferentes. Y de todos modos cada uno recuerda las cosas a su modo. Quién sabe. Será un demonio el que te espere, si tú piensas que es así. O un ángel. Un ángel que te libera. Creo que así es como lo verás tú.

Breve pausa. Antonio enciende un cigarro.

ANTONIO: ¿Y tú?

PEDRO: Puede que también.

Llegan Sandra y Carlos.

SANDRA: Mirad lo que hemos encontrado, chicos. *(Mostrando una chaqueta en buen estado)*

CARLOS: Hemos pensado que a alguno de vosotros os puede venir muy bien.

SANDRA: Sí, la tuya está hecha polvo, Antonio.

ANTONIO: Para lo que me queda en el convento...

PEDRO: *(Inspeccionando la chaqueta)* Está de puta madre, y parece piel buena.

CARLOS: La gente no sabe ni lo que tira.

ANTONIO: A ver si se la han olvidado.

SANDRA: No lleva nada en los bolsillos.

PEDRO: Entonces, de un político no es.
CARLOS: Bueno, quizás se la ha cambiado por otra.
ANTONIO: Ah, mira tú, puede que sí sea entonces.
PEDRO: Pues yo, si éste no la quiere, creo que me va al pelo.
SANDRA: Seguro que te queda muy bien. Y ahora que están frescas las noches...
PEDRO: Hala, la vieja a tomar por culo. (*Poniéndose la nueva chaqueta*) Toma, chaval, de viejo roquero.
SANDRA: Pues más barata que en rebajas.
CARLOS: ¿Y Lucas y las chicas?
ANTONIO: Por allí andan.

*Sandra y Carlos salen.
Al poco, entra Libertad.*

LIBERTAD: ¿Qué tal, chicos?
Hostia, vaya chupa te has *apañado*, Pedro.
PEDRO: Anda, te hacía con estos. ¿Te gusta?
LIBERTAD: Joder, me encanta.
PEDRO: La han traído los artistas. Al Lucas esto le queda pequeño. Aquí mi compadre pasa de cueros. Y a mí me viene estupendamente.
LIBERTAD: Pues nunca he tenido una chupa así, y mira que me gustan. Ahí, mi Pedro, bien abrigado.
PEDRO: Anda, ven para acá.
LIBERTAD: (*Acercándose a Pedro*) Qué quieres, ¿te traigo algo?
PEDRO: Toma. (*Quitándose la chaqueta*)
LIBERTAD: (*Dando un paso atrás*) ¿Qué dices? Ni hablar.
PEDRO: Toma, hostia. Si te encanta...
LIBERTAD: Que no, que no. Qué tiene que ver que me encante, con que te mueras de frío.
PEDRO: Si tú no tienes ninguna, joder. Y mi chaqueta vieja no está mal.
LIBERTAD: Te he dicho que no, Pedro, joder. Que no me tienes que dar nada.
PEDRO: Mira que eres tonta. ¿No querías una chupa de cuero? Toma tu chupa de cuero, niña. Te la regalo con gusto.
LIBERTAD: Pues dame la vieja, si quieres darme alguna. La chupa, no.
PEDRO: La vieja antes la quemo, que verte con ella puesta.
LIBERTAD: Joder, ¡qué testarudo eres!
ANTONIO: A mí me lo vas a contar...
LIBERTAD: Bu-bueno...
PEDRO: Venga, hostia, que se me cansa el brazo. Cógela ya.

Libertad se coloca feliz la chaqueta.

LIBERTAD: ¿Me queda bien?
PEDRO: Te queda de puta madre.
ANTONIO: Mejor que a éste, no te jode.
LIBERTAD: Ay, no sé qué decir.
ANTONIO: Para el caso que te va a hacer, no digas nada.
PEDRO: Pues eso.
LIBERTAD: Gracias, Pedrillo. (*Le besa en la mejilla*)

Libertad se va corriendo.

LIBERTAD: ¡Gente, mirad qué pasada!

ANTONIO: Son incorregibles, ya va a chivarse.

PEDRO: Joder, qué rollo, iba a decirle que se quedara a ver la puesta de sol.

ANTONIO: Nadie quiere ver anochecer con nosotros, Pedro.

Pausa larga.

PEDRO: ¿Qué me ibas a decir?

ANTONIO: ¿Qué te pasa a ti ahora?

PEDRO: Antonio, sé que me ibas a decir algo. Como si no te conociera... Y sabes que puedes confiar en contarme lo que quieras.

ANTONIO: Estaba pensando en lo que te he dicho antes.

PEDRO: Mira, respecto a eso, oye, si tenemos que largarnos juntos, pues nada.

ANTONIO: Creo que no voy a esperar, Pedro.

PEDRO: Joder, si lo sé no te pregunto.

ANTONIO: Sé que viene ya, compadre. Lo noto.

PEDRO: ¿Lo presientes?

ANTONIO: Qué cojones lo presiento... Lo sé.

PEDRO: ¿Y el tren?

ANTONIO: No hay tren, colega. *(Levantándose)*

PEDRO: Pero, ¿a dónde vas?

ANTONIO: No digas nada, amigo. Quiero que, por una vez, sea perfecto.

(Le abraza)

Ambos se quedan abrazados, y lloran.

Antonio se da la vuelta y se marcha. Pedro se queda sentado, solo.

El joven se mantiene en su asiento, sin decir nada.

Entra Lucas.

LUCAS: Pedro, qué pasa. Me he cruzado ahora mismo con Antonio. ¿Me he perdido algo?

PEDRO: La vida, Lucas. Nos perdemos la vida.

Se quedan en silencio, mirando al frente. Se hace de noche.

Oscuro.

Pedro y Lucas están dormidos, muy cerca uno del otro, con varios cartones tapando un poco el aire.

Lucas parece estar soñando. Antonio entra, en un momento su momento de ensoñación, visible sólo a Lucas.

ANTONIO: Lucas, ¿estás despierto?

LUCAS: No lo sé, Antonio.

ANTONIO: Oye, que antes no me he despedido de ti. Discúlpame.

LUCAS: No pasa nada, viejo amigo.

ANTONIO: ¿Te puedo preguntar algo?

LUCAS: Pregunta lo que quieras.

ANTONIO: ¿Me quieres?

LUCAS: Qué dices, anormal.

ANTONIO: Te lo pregunto en serio, hostia. ¿Me quieres, o no me quieres?
LUCAS: Pero, qué mierda me preguntas. Claro que te quiero, gilipollas.
ANTONIO: Y, ¿eres mi amigo?
LUCAS: Estás insoportable, Antonio.
ANTONIO: ¿Eres mi amigo, o no?
LUCAS: Claro, coño. Soy tu amigo, pesado.
ANTONIO: Gracias, Lucas. Por todo.

Antonio se aleja de Lucas. Lucas se mantiene observando una escena improbable:

Aparece un Espectro, que se dirige a Antonio.

ESPECTRO: Bueno, ha llegado la hora.
ANTONIO: Ya era hora.
ESPECTRO: Ya era, ya.
ANTONIO: Y ahora, ¿qué?
ESPECTRO: ¿Qué pasa?
ANTONIO: Eso digo yo, que qué pasa. ¿Qué me va a pasar?
ESPECTRO: Pues tú sabrás lo que te has imaginado.
ANTONIO: No tengo mucha imaginación, la verdad.
ESPECTRO: Pues, entonces, al cielo.
ANTONIO: ¿Ahora?
ESPECTRO: ¿Es que tienes otra cosa que hacer? ¿Cuándo quieres ir?
ANTONIO: Verás, es que yo no quiero ir al cielo.
ESPECTRO: Ya empezamos...
ANTONIO: Compréndelo. Una vida llena de excesos y placeres, y ahora cortarlo todo por lo sano, así, de golpe. Eso es de muy mal gusto.
ESPECTRO: Pues no sé qué podemos hacer.
ANTONIO: ¿Podemos? ¡Puedes hacer! Se muere uno, y ya le están tomando el pelo. Serás tú el que tiene que hacer algo... ¡Vaya panda de vagos!
ESPECTRO: Oiga, sin faltar.
ANTONIO: Me dice que tengo que ir al cielo, y encima...
ESPECTRO: Bueno, bueno, veré cómo lo puedo arreglar. *(Saca una lista enorme)* A ver..., pero, es que..., aquí figura en la lista del cielo. Directo, sin juicio.
ANTONIO: ¿Sin juicio?
ESPECTRO: Sin purgatorio. Y eso es una suerte. ¿Sabe el papeleo, las colas y las molestias que supone cambiar esto? La justicia va lenta, señor mío.
ANTONIO: ¿Y no me puede poner en la lista del infierno?
ESPECTRO: Yo ahora no puedo hacer eso.
ANTONIO: ¿No se da cuenta de que me lo he ganado a pulso?
ESPECTRO: No, no... vengo bien informado.
ANTONIO: Pero, si me he portado fatal. Toda la vida esforzándome para ir allí, y usted me viene con estas.
ESPECTRO: Pero, ¿qué ha hecho usted?
ANTONIO: He sido un borracho y un putero. Un vicioso. He vivido del cuento la mitad de mi vida. He picado entre horas...
ESPECTRO: *(Interrumpiendo)* Pero todo eso ya no cuenta, hombre. En el infierno no cabría ni dios. ¿Le ha gustado el chiste?
ANTONIO: ¡Me cago en mi puta vida! Esto es increíble... *(Mirando los papeles)* Aquí no habrá un error...

ESPECTRO: Podría ser. Pero lo ignoro, y con la mala organización que hay aquí, no voy a preguntar. Yo doy la lista por buena. Además, si es que se le ve a usted un trozo de pan.

ANTONIO: ¿Y no hay nada que se pueda hacer? *(Buscándose en los bolsillos)*

ESPECTRO: ¿De veras cree que aquí sirve lo poco que pueda darme?

ANTONIO: ¿Ah, no?

ESPECTRO: Sí, hombre, sí... Ahora nos entendemos. *(Mirando a ambos lados, discretamente)* Es que verá, el papeleo, ya sabe...

ANTONIO: Sí, sí, comprendo que es un follón.

ESPECTRO: *(Aceptándole la calderilla que lleva)* ...es mucho trámite, un rollo.

ANTONIO: Ya, ya, entiendo.

ESPECTRO: No es nada personal.

ANTONIO: Tranquilo, tranquilo, no hay problema.

ESPECTRO: *(Yéndose, ambos)* Y perdone que le diga, ¿no lo tendrá en dólares, que es más internacional?

ANTONIO: Uy, no, yo eso no lo he usado en mi vida.

ESPECTRO: Bueno, tranquilo. Y no diga nada, ¿eh?

ANTONIO: Soy una tumba.

ESPECTRO: Bueno..., no exactamente.

Desaparecen.

Lucas no da crédito. Se frota los ojos.

Oscuro.

Está amaneciendo.

El joven está acostado en su banco.

Lucas y Pedro duermen juntos. Libertad y Jessy están durmiendo abrazadas, en un rincón. Ramírez parece buscar algo, aprovechando la primera luz del alba.

Carlos y Sandra vienen discutiendo:

CARLOS: *(Tratando de encenderse un cigarro, con un mechero sin gas)* ¡Joder!

¡Me cago en la puta! *(Tira el mechero)*

SANDRA: Pero bueno, ¿a ti que te pasa esta mañana? Tranquilízate, ¿no?

CARLOS: Sandra, no me toques las narices.

SANDRA: ¡Al señor no se le puede decir nada!

CARLOS: No – me – to – ques – las – na – ri – ces.

SANDRA: Cuando te pones así, eres... ¡insoportable!

¿Se puede saber qué te pasa?

Todos despiertan con el jaleo.

CARLOS: ¿Qué me pasa? Que estoy harto, eso es lo que me pasa. Harto de tanta mierda. ¡Yo también tengo derecho a cabrearme! ¡Y estoy aquí por ti!

SANDRA: ¿Por mí? Si no hubieras perdido el trabajo...

CARLOS: ¡No podía aguantar más, y lo sabes!

SANDRA: ¡Porque no tienes cojones!

CARLOS: ¡Sandra, no me toques las narices, te lo he advertido!

RAMÍREZ: ¡Déjame en paz!

Todos miran a Ramírez, asustados. Carlos y Sandra enmudecen.

RAMÍREZ: ¡Déjame en paz! Por favor, ¡déjame en paz de una vez!

Estás en el trabajo tragando mierda, con el hijo de puta del jefe de sección machacándote y enviándole notitas al director, como si fuéramos críos. “Señor director, me avergüenzo del grupo al contarle esto, pero creo que es conveniente que conozca los hechos y comprenda lo mal que me siento cuando llego al trabajo y veo a todo el mundo hablando y escuchando música. Yo sólo quiero lo mejor para mi empresa, y no me importa que tenga que ir corriendo a la fábrica, después de cenar, a hacer horas extra. Soy el primero en pensar que eso es necesario, pero...” ¡Maldito rastrero, pelota de mierda! Y tú...tú lo único que quieres es agachar la cabeza y pasar desapercibido, hacer tu trabajo, pum-pum-pum, tranquilo, y que luego llegue fin de mes, y te quitas los problemas. Estás allí, pasando de la gente, a tu bola. Te ríes un poco de ellos, los insultas, te desahogas, en fin..., haces lo de siempre, sobrevivir de la mejor manera posible. Y lo único, ¡lo único! que quieres es volver a casa y poder estar un rato tranquilo. ¡Pero no!, joder, es imposible. A mí..., yo-yo..., yo tengo mis cosas, me-me gusta evadirme haciendo mis cositas, no sé... No hago nada malo. Yo-yo no soy una persona ambiciosa, lo único que quiero es llevar una vida tranquila, con los menos problemas posibles. No deber dinero, tener un trabajo, unos hijos sanos... Creo que no es nada excepcional. Yo no-no pretendo ser rico, ni viajar de aquí para allá. No señor..., yo lo único que quiero es eso, estar tranquilo. Y ya te digo, tengo mis cositas con las que me entretengo. Pero yo no hago nada malo, yo no me tiro todo el día en el bar, ni soy mujeriego, ni tengo vicios caros. Yo nunca tengo un duro. Cuando cobro, inmediatamente se lo doy todo a ella. Si siempre le tengo que estar pidiendo...Pero coño, yo soy incapaz de estar ahí, tumbado, viendo la mierda de programación de la tele, que da asco... A mí me gusta irme a la habitación del ordenador, y estar allí, no sé..., leyendo, escribiendo, o con el cacharro dándole que te pego. Y lo único que quiero es que me dejen tranquilo con eso, porque la gente no lo entiende, pero yo me conformo con eso. Cuando llego del trabajo, me gusta ponerme allí, ¡aunque no haga nada!, pero bueno...al menos estoy allí, pensando. Y así soy feliz. Pero si estás, y ya llega ella, y cuando menos te lo esperas te giras, y te metes unos sustos de muerte. Y es que eso me revienta, porque estoy allí, intentando ver algo, no sé... Y eso no sólo me asusta, sino que representa una humillación para mí que no te puedes imaginar. Es que... ¡coño!, ¡tú imagínate! Ya no existe la intimidad, ni hostias. Nada... Yo sé que ella es celosa, pero joder, eso ya es pasarse. Y a mí me gusta, yo qué sé, leer los poemas de Becquer o de Machado, y muchos me los sé de memoria, y...los adapto, los releo, los copio, ¡yo qué sé! A lo mejor le escribo un poema a-a-a la..., no sé, a la panadera, porque resulta que siempre fue mi amor platónico. Luego me guardo la carta en una carpeta y la olvido. Pero basta que me viera una, para liarla. Y, ya te digo, ahora se acabó la intimidad. Yo tenía cientos..., ¡miles!, de cartas, de poemas, pensamientos, frases de películas, letras de canciones... ¡nada!, ya no puedo tener nada. Es que me ha humillado y me ha quitado lo único que tenía. Yo me conformaba con eso..., ahora ya no lo tengo. ¡Joder!, tengo un vecino que el tío se pasa todo el santo día en el bar. Es llegar del trabajo, y bajar al bar a ver el partido. Luego sube a las tantas, borracho. Y así, todos los días. ¡Pero, yo!, ¿qué hago?, ¡nada! Sólo escribo, leo, tecleo... Nada más. Yo no hago nada malo. Y estás allí, y ya está, ya está ella allí, liándotela... Que te descuidas y te ha puesto verde. Es que no te puedes

imaginar hasta qué punto me ha llegado a insultar, a humillar... “¡Pero, por favor, ¿me puedes dejar tranquilo?!” Y una, y otra vez... ¡siempre! Y dale, y venga... “¿Pero es que no te doy pena? ¿No te doy el suficiente asco como para que me dejes en paz? ¡Ten compasión de mí, maldita sea!” Y luego, encima, “es que te vas de casa, es que le has abandonado...” Yo no le he abandonado. Pero si aquella noche no me llego a ir, al día siguiente hubiéramos salido en los periódicos, porque o le mato yo, o me mata ella a mí. Pero yo, como le quiero...-porque yo, a mi mujer, le quiero- pues me voy de casa, antes de que suceda una catástrofe. Y después de toda eso, encima tengo que dar gracias, porque tengo una casa pagada, unos hijos sanos, un trabajo donde no me humillan demasiado... y toda esa mierda.

Todos se quedan callados, casi sin respirar, mirándole.

Pausa.

El joven se levanta de su asiento, lentamente, y se dispone a marcharse.

LUCAS: Pero, muchacho, ¿adónde vas?

JOVEN: Me voy a casa.

Sale.